

## LA BARRACA MURCIANA (1.<sup>a</sup> parte)

**E**N la obra de D. Isidoro Reverte Salinas, la provincia de Murcia, la define como «vivienda elemental en la que vive una familia de modestos agricultores intensivos, cavadores y no labradores, jardineros más que agricultores, que apenas tienen productos que guardar porque los venden a diario o semanalmente en los mercados, que viven de día y de noche al mismo cuidado de sus delicados cultivos y que pueden lamentarse, casi de un modo autóctono, de los productos que le da, en tres o cuatro mil metros cuadrados de terreno, la más exuberante agricultura europea que, en el suelo aluvial más fecundo, produce el sol más luminoso del continente».

Ésta sería la larga definición científica de la vivienda por antonomasia de la Huerta de Murcia, es decir la barraca, hoy desaparecida por completo del paisaje de nuestra huerta. Otra definición sencilla sería: «Vivienda popular, propia de las vegas media y baja del Segura, a un lado y otro del río hasta Guardamar. Corresponde a las clases menos acomodadas, no necesitando para su construcción, nada más que los materiales que tenía a pie de fábrica».

El origen histórico de la barraca no es del todo claro, pocos sabemos de épocas anteriores a la Reconquista, fue muy castigada por el fuego y el agua, siendo las inundaciones, tan frecuentes en la Vega del Segura, siglos pasados, su peor enemigo.

La barraca es auténtica casa rural y como tal un instrumento de trabajo, y auténtica, funcional y sincera arquitectura. La barraca murciana corresponde a un tipo de población disperso y fue más pequeña y menos sólida que la valenciana. Solía durar la vida de la pareja que la había construido. Su arquitectura y su mensaje supusieron el desvelo constante del novio y de la novia, muchas veces ayudados por los padres y hermanos de los futuros contrayentes. Desde el amasar los «adobes», hasta las puntillas de las blancas sábanas, todo era hecho con amor y cariño por la pareja que iba a vivir en la barraca sin pensar en que las inundaciones, podrían destruir en unos minutos,

lo que ellos habían hecho con tanto esfuerzo, cariño y tiempo.

La barraca murciana tiene planta de forma rectangular y sus dimensiones más frecuentes eran de 6 a 8 metros de larga, por 4 a 5 m. de ancha. En alzado las fachadas laterales eran sendos rectángulos y los frontales, pentágonos terminados en ángulo muy agudo sobre las cuales la lomera de cubierta. Generalmente, el ingreso se orientaba al mediodía, en la fachada principal, donde también se abría una pequeña ventana y a veces dos.

La cimentación de la barraca fue poco profunda como corresponde a una estructura ligera asentada en terrenos en donde capas o mantas de aguas subterráneas solían encontrarse bastante superficiales. La manera de construir los muros de la barraca admitió una triple solución, que ha venido a caracterizar los tres tipos de barraca murciana la de atobas, la de testeros y la mixta.

La barraca de atobas era la más corriente y correspondía a las clases más acomodadas siendo siempre una vivienda bastante elemental.

Se inicia la construcción de una barraca, con la elaboración de la materia prima al mismo pie de obra. El barro para las atobas, adobes bastos, pesados, amasados con paja y secados al sol, se obtenía cavando en las inmediaciones de la futura vivienda un hoyo rectangular que concluida la barraca serviría a sus ocupantes como estercolero. Los terrones de tierra, llamados tolmos o tormos, se desmenuzaban a golpe de legón —el azadón murciano—. Después se vertía agua de la acequia y se añadía la conveniente cantidad de paja que evitaba agrietamientos al secarse. Con esta masa se iban llenando moldes de madera, enrasándolos con su propia mano. Cada molde proporcionaba los ejemplares que se iban dejando secar sobre una era o algún bancal en barbecho.

Cuando se disponía de cantidad suficiente se empezaba a levantar los muros de la barraca, procurando que fueran lo más verticales posibles. Los adobes se trataban con barro, enluciendo los después



con yeso en la fachada meridional se dejaba los huecos para la puerta y ventana o ventanas. El umbral de aquélla, recibía una rama fuerte de higuera, albaricoquero o morera. De estas maderas se fabricaban los barrotes, verticales y la sección cuadrada que llevaban las ventanas. Al alcanzar las paredes el nivel de los 2 metros o 2,50 metros que servirían de durmientes al suelo de la andana, entepiso colocado sobre la alcoba de la planta baja. Sobre dichos durmientes se trataban con sogas de esparto, cañas gruesas que se revestían con un manto de barro enlucido, a veces con yeso. Con el mismo procedimiento se cubría el suelo de la barraca que con frecuencia se limitaba sólo a apisonar el terreno natural para dejarlo liso. Esta solería solía regarse en el verano para dar humedad y frescor al interior.

Terminaba la construcción de la barraca con la cubierta, que es la parte más delicada de la construcción que exigía la presencia de excelentes artesanos, según Isidoro Reverte «como la fachada y la contrafachada, terminaban en un ángulo muy elevado como se deseaba subir aquélla, cuanto más en

ángulo más airosos resultaba la barraca. Se tendía una viga que servía de caballete o lomera y soportaba toda la cubierta. Desde las paredes laterales que hacían de base de lomera, se cruzaban los frágiles palos. Éstos eran de cibaronos o alzararón, tronco de girasol o de chopo, raras veces de pino incluso se hacían de gruesas cañas liceras atando varias entre sí. Sobre ellos se cruzaban cañas que se sujetaban con cuerdas de esparto. Siguiendo a continuación el manteo o matear con paja o sisca. Esta operación también llamada «mataura» o poner los mantos, antes de poner los mantos, que como se ha dicho serán de sisca o albardín, haremos el esqueleto o armazón del techo, mojillos o mojillones de cañas de 4 ó 5 atadas o listones más finos, que va desde la lomera a la corredera sobresaliendo 40 ó 50 centímetros y se les llama cabios. Lo que sobresale del techo y pared se llama polsera empieza a tejer de abajo hacia arriba, es decir por la parte del alero —la polsera— que, para darle más solidez, ya que había de quedar al aire se tejía con paja de trigo, larga y fuerte a veces con carrizos finos. Sobre esta primera fila y atada a una cara de sisca, paja o cualquier gramínea que cubriese o fuera resistente a la humedad. Esta manta solapaba la primera y así hacia la segunda sobre la primera y, la tercera sobre la segunda. De esta forma hasta llegar a la lomera, que se forraba y protegía con manojos de la misma broza, bien atados a ella y a una caña paralela».

En la parte delantera superior y una vez terminada la barraca se colocaba una cruz.

La distribución interior de la barraca de planta baja, ofrecía dos piezas únicas: la entrada y la alcoba.

La primera, hacía en el invierno las veces de comedor y cuarto de estar, ya que durante el resto del año la benignidad del clima permitía realizar a diario el quehacer doméstico y las tertulias al aire libre, delante de la puerta, bajo su emparrado o a la sombra de cualquier higuera próxima.

La barraca murciana, a diferencia de la valenciana no tuvo casi nunca chimenea para dar salida a los humos del hogar. El humo dicen los huertanos,

no hace más que ennegrecer las paredes y sobre todo si quiere salir que salga por la puerta, que siempre está abierta. El fogón solía situarse al aire libre, sobre un poyo de obra, que en ocasiones protegía un tambalillo de cañas. Algunas barracas lo tuvieron en la habitación de entrada, a la derecha pero sin chimenea, ni respiradero.

En la entrada, podían contemplarse de izquierda a derecha, la artesa, la cenera, y el cedazo, la tabla y el trapo del pan, el tendio y la rasqueta. También la horqueta de almez, el legón o la picaza, la tabla de lavar y el cociol (corcio). Un poco más allá, casi siempre haciendo ángulo con la medianería de la alcoba, quedaba el tinajero con dos o más tinajas, lejas cuajadas de lozas y vidrios, la cetra, las jarras lorquinas, algún botijo alicantino y varios lebrillos cartageneros (en realidad eran de Talavera). De inmediato el zafero, con un toballero (tohallero) de hierro y la correspondiente tohalla adamascada. En el otro rincón de la entrada, frente al tinajero, se alzaba la alacena sobre cuyos vasares de blanca albañilería, descansaban crecenteras, chicharroneras, alcuzas de hojadelata, botijones de aceite, el candelil o la capuchina de bronce, el salero de madera, torneado en forma de copa, etc.

Seguidamente aparecía el cucharero de madera y cerca del hogar sobre la pared algunos moldes de confitería, en hierro u hojadelata, la espetera con sus cazos, chocolateras, y calderetas doradas, los juegos de sartenes, la parrilla, las trébedas, las tenacillas, donde menos estorbaba, una mesa tocinera y varias sillas, la barraca tenía de ocho a diez sillas de poca altura con asiento de esparto entrelazados y patas y respaldo de morera, según nos dice Fernández Trijillo y Amador de los Ríos, afirman que en ellas se sentaban sólo el huertano y sus hijos varones, en tanto la mujer y las hijas comían de pie, en el suelo, sobre el arca, o simplemente andando. Colgando del techo, caracoleras, lazos de cordeta para melones, cachumbos para secar morcones,

cestas y cestos.

Las alcobas se reducían a uno o dos cuartos normalmente, no existiendo como tales alcobas, era aproximadamente la tercera parte de la superficie de la barraca, algunas veces un par de sábanas tendidas comunicaba el lecho del matrimonio del de los hijos mayores y hasta de algún posible invitado. La cama del matrimonio, el tablao, estaba formado por un lecho de cinco o seis tablas apoyadas sobre unos banquillos de patas torneadas, lecho que recibía de cinco a siete colchones rellenos de perfolla, es decir hoja seca que protege al fruto del maíz. Sobre ellos se disponían blancas sábanas y el correspondiente cobertor. Según los autores costumbristas decimonónicos, el huertano rara vez dormía en ella ni tampoco la huertana a no ser en la ocasión del parto. Habitualmente se usaba el catre de tijera, de pino pintado y con lecho de sogá. De algunas de las paredes solía colgar o estar pegado con engrudo estampa devota de Nuestra Señora de la Fuensanta o San Cayetano, santo muy milagroso y de gran devoción entre los huertanos. En la alcoba quedaba el arca, de pino rojo, clavazón dorada, con herrajes de chapa, donde se guardaban ropas de cama, vestidos de fiesta, los ahorros, y a veces alguna pequeña herramienta que se podía perder. También en ella podían verse algún Samblar (San Blas), Cruz de Caravaca o el blandón con el que el huertano acudía a las procesiones de Semana Santa.

Sobre la alcoba se ubicó un entrepiso o media sala. Se llegaba a ella trepando por una escalera de palos de morera, situada en la parte delantera de dicha alcoba. En la sala alta, almacenaba el huertano los pocos productos de la cosecha que poseía y los distintos útiles para la cría del gusano de la seda.

*Fulgencio Sánchez Riquelme  
Alcantarilla, noviembre de 1991*